

# girls who CODE



¡Música, luces y a programar!

*Jo Whitemore*

girls who  
code

¡Música,  
luces y a  
programar!

*Jo Whitemore*

Traducción: M.<sup>a</sup> Carmen Díaz-Villarejo

**edebé**

*Girls Who Code. Lights, Music, Code!*

Text and cover illustration copyright © 2018 by Penguin Random House LLC and Girls Who Code Inc.

Emoji provided free by EmojiOne.

All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form.

This edition published by arrangement with Penguin Workshop, an imprint of Penguin Young Readers Group, a division of Penguin Random House LLC.

© Ed. Cast.: Edebé, 2019

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

© Traducción: M.ª Carmen Díaz-Villarejo

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia

Primera edición, octubre 2019

ISBN: 978-84-683-4552-9

Depósito legal: B. 17321-2019

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Hola, soy Reshma, la fundadora de Girls Who Code, una iniciativa que pretende enseñar a chicas de Secundaria y Bachillerato a programar y a crear juegos, *apps*, páginas web y mucho más para contribuir a cambiar el mundo.

¿Alguna vez has asistido a una fiesta en el colegio? ¿Cómo fue? ¿O cómo crees que será cuando lo hagas? Recuerdo mi primer baile como si fuera ayer. Se celebró en el gimnasio de mi escuela, en una pequeña ciudad del estado de Illinois. Yo llevaba un vestido de flores y pulseras de colores, y además me ricé el pelo (estaba de moda en aquella época). Fui en grupo con mis amigas y juntas bailamos nuestras canciones favoritas. Fue genial, y lo mejor de todo fue que estaba con ellas.

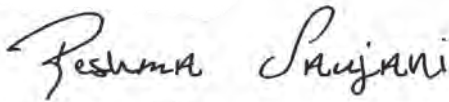
Este libro me ha recordado aquella noche. A lo largo de estas páginas verás cómo Maya y sus amigas del club de programación trabajan en un gran proyecto: programar las luces en consonancia con la música para el baile del colegio. Pero una antigua amiga de Maya llega a la ciudad y les causa algunos problemas. Leyéndolo, me puse muy nerviosa pensando si Maya y sus amigas lograrían reunirse en la gran noche, y seguro que a ti te pasará lo mismo.

Aquí mencionamos uno de mis ejemplos favoritos de programación: los *wearables* o tecnología ponible. Se tra-

ta de dispositivos electrónicos, como las pulseras de *fitness* o los audífonos, que uno puede llevar en su cuerpo. Esta tecnología permite hacer muchas cosas, como coser sensores de luz a un vestido y programarlo para que se ilumine con el ritmo de la música. Muchas modelos han lucido estos vestidos inteligentes en desfiles de moda de todo el mundo. De hecho, una de nuestras antiguas alumnas ayudó a crear la tecnología necesaria para diseñar el primer vestido con luces led que se llevó a la Semana de la Moda de Nueva York. ¡Muy guay!

Si te gusta este libro, espero que te inscribas en uno de nuestros cursos. En nuestros clubes de programación, podrás hacer experimentos programando tus propios dispositivos ponibles o *wearables*, y estar con chicas que se convertirán en tus mejores amigas.

¡Feliz lectura... y a programar!

A handwritten signature in black ink that reads "Reshma Saujani". The signature is written in a cursive, flowing style.

Reshma Saujani

# Capítulo uno

—M<sup>a</sup> aya, tienes un aspecto de lo más arrebatador —dije señalando a mi propio reflejo en el espejo.

Ella me sonrió por el cumplido.

Eso, o que seguramente esperaba impaciente a que acabara de decidir qué ponerme después de haberme cambiado de ropa unas diez veces. Ese fin de semana me había comprado un top genial, que estaba pidiendo a gritos los zapatos y la falda perfecta. El problema era que se hacían mucho de rogar.

No es que yo fuera una frívola. Es que tenía motivos para preocuparme por mi aspecto:

1. Era la autora de la columna de moda en el periódico del colegio y debía dar ejemplo.

2. Era lunes, y los lunes ya de por sí eran malos, como para añadirles pantalones de chándal.
3. Mis amigas y yo habíamos aparecido en los noticiarios locales, así que seríamos el centro de atención en los próximos días, lo que nos lleva de nuevo al primer motivo.

Finalmente me decanté por el primer conjunto que me había probado: *leggings* grises y falda de color ciruela a juego con el top amarillo limón. Me puse botas de agua del mismo color amarillo para completar el conjunto. Los colores brillantes eran un poco atrevidos, y mis uñas sin duda lucirían mejor con un esmalte morado que con uno rosa, pero la moda también suponía correr riesgos. Además, ya había pasado diez minutos frente al espejo del dormitorio e iba a perder el autobús del colegio.

Metí en el armario los otros conjuntos que había desechado, por menos perfectos, y vi mi reflejo en más espejos..., unos pequeños cosidos a un vestido. El próximo sábado se celebraría el baile del colegio y el tema era: «El futuro ya está aquí». Así que compré una bolsa con espejitos para manualidades y los cosí a un vestido blanco de

verano que ya tenía. Me inspiré en un vestido cubierto de espejos que vi en el centro comercial.

Habría sido más sencillo comprarme el modelo de la tienda, pero de ninguna manera mis padres me iban a dar el dinero. ¿Por qué? Porque les gustaba recordarme la última vez que hubieron de pagarme algo. Provocó una situación complicada. Y esa era también la razón por la que no usaba esmalte de uñas morado.

El caso es que guardo un gran secreto que no he contado ni a mis mejores amigas. Porque, si lo supieran, no me mirarían de la misma manera.

Y es que yo, Maya Chung, fui una ladrona.

Bueno, lo intenté solo una vez en una tienda, y no tuve éxito.

Increíble, ¿verdad? No lo pensarías al verme, pero es la verdad.

Todo fue culpa de Nicole Davis, una chica de la que me hice amiga en verano. Ella vino a visitar a unas tías suyas que viven en mi misma calle y, como teníamos la misma edad, una de sus tías sugirió que saliéramos juntas alguna vez.

Al principio todo fue genial. Siempre que veía a Nicole, esta presumía de llevar puestos unos pendientes nuevos o



un top de lo más guay, y a veces me los prestaba. Sin embargo, pronto descubrí cómo adquiriría esos tesoros: los robaba.

Y me los dejaba para mantener esas cosas alejadas de la casa de sus tías y que no la descubrieran. Muy lista, ¿no? Lo peor de todo fue que me convenció para que yo también intentara robar.

Insisto en la palabra «intentar».

Tiré un expositor de esmaltes de uñas mientras intentaba esconder uno de los botes en mi bolso.

Mi madre y mi padrastro, Oliver, se enfadaron muchísimo y tuvieron que pagar todos los frasquitos que yo había roto.

—¡Maya, ya llega el autobús del colegio! —me gritó Oliver desde el piso de abajo.

Observándome en el espejo por última vez, me puse la mochila al hombro y bajé corriendo.

—¡Adiós, unidad parental! Os quiero y os pido que no me despidáis desde la entrada. —Di un beso a mi madre en la mejilla y ella frunció el ceño.

—Date la vuelta.

—¿Qué? —Me giré—. ¿Qué pasa?

Mi madre me miró la espalda y dio un tirón de mi blusa. Sujetó la etiqueta del precio para enseñármela.

—¿Es nueva?

Su tono de voz significaba «¿la has pagado?».

Por una vez que intenté robar un esmalte de uñas, estaban siempre con la misma cantinela.

—La compré con el dinero de mi cumpleaños —contesté en un tono que quería decir «por supuesto, madre».

Me sonrió y dio unas palmaditas en mi mochila.

—Es muy bonita.

—Yo también lo pensé antes de comprarla —puse énfasis en la última palabra para que me entendiera bien.

—Vale, vale —respondió ella levantando las manos como si se rindiera y mirando a Oliver, que estaba observándonos sin expresión aparente.

Oliver y mi madre estaban juntos desde que yo podía recordar (mi padre biológico murió cuando yo tenía cuatro años), pero él no se metía nunca en nuestras discusiones madre-hija.

—¿Sabes lo que a mí no me vale? —Intervino entonces Oliver señalando hacia la puerta principal, desde donde nos llegó el sonido del motor del autobús escolar, que rugía en el exterior, seguido de un largo y sonoro bocinazo.

El autobús. Nunca había estado tan contenta por irme al colegio. Corrí hacia la puerta, pero, en cuanto la abrí,

reduje la velocidad y avancé con paso firme hacia el vehículo. Nadie respetaría las palabras de una periodista de moda que corriese como una loca.

El chófer me hizo un gesto para que me diera prisa, pero me atusé las puntas del pelo y seguí a mi ritmo. Oliver es chef en un restaurante muy elegante y suele decirme que, si uno actúa con confianza, se siente seguro de sí mismo siempre. Es un buen consejo, viniendo de un hombre que lleva deportivas negras con calcetines blancos.

—Encantado de que nos honre con su presencia, señorita Chung —me saludó el conductor cuando subí al autobús.

Le sonreí y fui a sentarme junto a Erin.

—Buenos días, Maya —dijo con voz robótica y moviendo los brazos con gestos mecánicos.

—Hola, Erin —respondí sonriendo, y también empecé a poner voz de robot—: ¿tie-nes un-poco-de-acei-te?

Las dos nos reímos y la gente a nuestro alrededor nos miró de forma extrañada; claro, ellos no habían estado como nosotras hablando como robots mientras preparábamos el *hackathon* en el que acabábamos de participar.

Erin y yo pertenecíamos al club de programación junto con nuestras amigas Lucy, Sophia y Leila. Sí, mis mejores

amigas, esas a las que no podía contarles mi secreto. Con ellas aparecí en las noticias locales con motivo de *hackathon*. Fue como un torneo de programación donde cada equipo debía poner en práctica sus habilidades. Teníamos que construir un robot, y nosotras programamos el nuestro para que bailara, aunque cometimos un error de programación.

Nuestra profesora, la señora Clark, también estuvo allí y, aunque no ganamos, no dejó de decirnos lo orgullosa que estaba de nosotras; de hecho, brincó de alegría cuando mi equipo resultó el elegido para visitar las instalaciones de una compañía de programación. Nunca había visto a una profesora hacer eso, excepto al señor Robard, el coordinador del periódico escolar, cuando descubrió una rata y saltó rápidamente sobre un pupitre, aunque bajarle costó lo suyo.

—Bonito top. ¿Es nuevo? —preguntó moviendo su mochila.

Me recordé a mí misma que no debía emplear el mismo tono que había usado con mi madre. Erin no sabía nada acerca de mis quince segundos como delincuente.

—¡Sí! Lo compré con el dinero de mi cumpleaños.

—A mí me encantaría gastar el dinero que me manda

mi padre en mis cosas —apuntó Erin con una mueca. Hacía poco tiempo que sus padres se habían separado y, desde entonces, vivía con su madre.

—¿Tu madre no te deja gastarlo?

—No. Ella compra cosas baratas y lo demás lo ahorra —arqueó las cejas—, pero no sabe lo rica que seré cuando Hollywood me llame. —Entonces imitó el sonido de una llamada telefónica y se acercó el móvil a la oreja—: ¿SÍ? Ah, ¿me necesitáis para rodar otra película de mil millones? —Erin puso una mano sobre el teléfono y dijo—: Lo siento, debo atender esta llamada.

Me reí y moví la cabeza. Erin bromeaba con esas cosas, pero realmente tenía madera de actriz de Hollywood. Era una estupenda intérprete, y además cantaba y sabía imitar voces; era como si hablaras con veinte personas diferentes.

—Siento que tu madre controle tu dinero.

—No es solo el dinero, quiere controlar mi vida. Incluso está decidida a venir al baile para vigilarme.

—¿De verdad? —Yo estaba en el comité organizador del baile y, por ahora, ningún padre de mis amigos se había ofrecido como vigilante. Mi madre no podía porque tenía un compromiso de trabajo (era la jefa de *marketing* de

una empresa de publicidad), y yo había convencido a Oliver de que no fuera a cambio de lavarle el coche todos los fines de semana durante un mes—. ¿De verdad va para vigilarte? —la agarré del brazo—: ¿Y alguien te ha pedido ir contigo al baile?

—No —sacudió la cabeza—, todavía no, pero ¿quién sabe? Quizá se lo pida yo a alguien. He estado pensando en ello desde que Sophia se lo pidió a Sammy. —Entonces me dio un codazo y sonrió.

—¡Uff! ¡Qué cursi! Es un poco empalagoso —dije arrugando la nariz.

—Sí, para picarse las muelas...

Seguimos con los chistes sobre el azúcar hasta que el autobús llegó al colegio.

—Espera, tengo otro más... —continuó Erin riendo mientras bajábamos.

—¡Por fin! —Lucy corrió hasta nosotras tan pronto como pusimos el pie en la acera. Sus trenzas rebotaban con cada paso que daba—. ¿Dónde os habíais metido?

—Pues... —Me di la vuelta para señalar el autobús.

Yo tenía problemas para gestionar el tiempo, pero Lucy era todo lo contrario. Siempre estaba lista para hacer las cosas y quería resultados inmediatos. El primer día del

club de programación ya pretendía diseñar una aplicación, aunque programar bien una pueda llevar varios años. A veces su impaciencia llegaba a ser muy agobiante, pero hacía que nuestro grupo funcionase a buen ritmo, así que no me importaba.

—¿Por qué tanta prisa? —quise saber.

—Sí. Es lunes por la mañana —dijo Erin—. No puede haber pasado nada en el colegio durante los últimos dos días.

—La señora Clark quiere vernos antes de la hora de tutoría, ¿no os acordáis? Van a hacernos una foto para el periódico.

Erin y yo nos miramos asustadas.

—¡Se me había olvidado!

—A mí también.

—¡Vaaamos! —Lucy tiró de nosotras—. Sophia y Leila ya están esperando.

Las tres corrimos hacia el edificio principal y por toda la entrada hasta el aula de informática (para tu información, no es fácil correr con botas de agua).

—¡Ya estamos! —jadeó Erin doblándose—. Lo hemos conseguido. —Se dejó caer sobre la moqueta y se estiró en el suelo—. Podéis posar alrededor de mí.

—¡Oh, no! —gruñó la señora Clark.

El fotógrafo del periódico tomó una foto a Erin. Sophia enarcó una ceja.

—¿De dónde venís? ¿De Alaska? —preguntó.

—El autobús... del... colegio —respondí con la voz entrecortada.

—Uff, tienes que hacer ejercicios de cardio... —silbó Sophia.

De todas mis amigas, Sophia era la más deportista. Jugaba al *softball* y estaba en la dirección del equipo masculino de fútbol americano.

—Chicas, gracias por venir tan deprisa —dijo la señora Clark—. Además de sacaros unas fotos, el periódico quiere escribir un pequeño artículo sobre vosotras, si no os importa.

Para mí no era nada especial, porque yo trabajaba en el periódico del colegio, pero mis amigas se emocionaron muchísimo.

—Ningún problema —respondió Lucy.

Melanie Eastwick, reportera del periódico local, se levantó de su asiento. Llevaba un sombrero con la tarjeta de «PRENSA» sujeta del ala. Parecía que la mujer se tomaba su trabajo muy en serio.



Se acercó primero a Leila con el bolígrafo sobre su libreta mientras el fotógrafo se movía a su alrededor. Leila se ajustó el pañuelo de la cabeza e intentó actuar con naturalidad.

—Lo primero de todo, creo que es fantástico lo que las cinco estáis haciendo por todas las chicas del mundo. ¿Es para probar que las chicas trabajan y los chicos hacen el vago?

—¿Cómo? —se sorprendió Leila.

La señora Clark se aclaró la garganta.

—Melanie, no competimos para probar que las chicas seamos mejores que los chicos, o viceversa. Nuestra intención es demostrar que cualquiera puede destacar en STEAM, da igual el género, la educación o la etnia.

Y era verdad. Sophia, Lucy y yo nunca habíamos programado, y Erin y Leila tenían conocimientos básicos. Y en lo que respectaba a nuestra procedencia geográfica y cultural, Sophia era latina, Lucy afroamericana, Erin blanca, Leila pakistaní, y yo de origen chino.

—STEAM es para todo el mundo —asentí.

Melanie fue garabateando en un cuaderno.

—¿Y STEAM significa...?

—Son las siglas de Science, Technology, Engineering,

Arts and Mathematics. Es un acrónimo en inglés que se refiere a las áreas de ciencia, tecnología, ingeniería, arte y matemáticas —explicó Erin.

—Entiendo. ¿Y quién de vosotras hizo posible que bailara el robot? ¡Fue genial! —Agitó el bolígrafo enfatizando sus palabras.

Nos miramos unas a otras.

—Fue entre todas —contestó Lucy.

—Eso es —confirmó Sophia—. Cada una aportamos nuestras ideas, pero lo realizamos todas juntas.

—Ah, vale. No es un equipo de una... —dejó caer Melanie.

Leila arrugó la frente y replicó:

—Un equipo nunca es de una persona...

—Déjalo ya —le susurré agarrándola del brazo. Erin se reía en el suelo.

Erin, Lucy, Sophia y yo nos hicimos amigas de Leila cuando sus compañeros de equipo para el *hackathon* abandonaron el proyecto. La invitamos a unirse a nosotras porque, además, sabíamos que era muy buena en robótica y se convirtió en una excelente amiga.

Melanie nos hizo unas cuantas preguntas más y después dio una señal al fotógrafo.

—¡Ahora unas fotos!

Mis amigas y yo posamos a ambos lados de la señora Clark. Después de que el fotógrafo nos hubiera cegado unas cuantas veces con el *flash* de la cámara, él y Melanie salieron del aula de informática.

—Me gustaría decir de nuevo lo orgullosa que estoy de vosotras, chicas —reconoció la señora Clark mientras recogíamos nuestras cosas—. Fue un torneo muy duro, y haber conseguido una visita a TechTown ha sido un logro importante.

Mis amigas y yo sonreímos.

—Quizá podamos mejorar el diseño de nuestro robot en la próxima clase del club de programación —sugirió Leila.

—Siempre estoy a favor de perfeccionar las cosas —le respondió la señora Clark poniéndole la mano en el hombro—. Pero para hoy tenía pensada otra cosa, se trata de una... sorpresa —susurró.

Sophia y yo pusimos una expresión de asombro, Lucy aplaudió, y Leila y Erin se lanzaron a adivinar.

—¿Es algo para comer?

—¿Vamos a hacer un juego de ordenador?

—No y no —contestó la señora Clark—. Vais a tener que esperar hasta la tarde.

El primer timbre sonó y la señora Clark nos condujo hasta el pasillo.

—Os veo luego, chicas.

—¿De qué se tratará? —nos preguntó Lucy mientras nos arremolinamos en la puerta del aula de informática.

—Sea lo que sea, es para todos los del club de programación —señaló Leila.

—Es verdad. ¿Pero qué podría sorprendernos a todos? —planteó Erin.

—¿Que en el comedor escolar utilizaran carne de verdad? —bromeó Sophia.

Todas reímos.

—La señora Clark es una profesora divertida, así que será algo guay —comenté.

Como no teníamos mucho tiempo antes de que sonara el segundo timbre de aviso, Lucy, Sophia y Leila se fueron a sus respectivas aulas para la asamblea. Mi clase estaba justo enfrente y me entretuve con Erin, que estaba comprando una botella de agua.

—A lo mejor la sorpresa es dinero —dije apoyándome contra la pared.

—Estaría bien. Así podría comprar la ropa que me apeteciera en lugar de lo que me escogiera mi madre. —Seña-

ló entonces lo que yo llevaba puesto—: ¡Qué suerte que tu madre tenga buen gusto!

—Esto no lo ha elegido mi madre, sino yo —sonreí.

—¿Y tu madre te compra todo lo que quieres?

—No. Me lo compro con mi dinero —seguí sonriendo.

—¿Y cómo te lo puedes costear? ¿Lo robas? —soltó entornando los ojos—. Maya Chung, ¿eres una ladrona de ropa?

Sabía que no iba en serio, pero no pude evitar enfadarme y responderle de forma seca.

—No. No lo soy.

Los ojos de Erin se abrieron de par en par y me sujetó el hombro.

—Era solo una broma.

—Mejor, porque todo lo que tengo lo he pagado —dije más relajada.

—Desde luego. —Erin asintió tan fuerte que sus gafas se le escurrieron por la nariz.

—Hola, ¿eres Maya? —me preguntó un ayudante de secretaría—. El director quiere verte.

Me puse muy derecha con algo de miedo.

—¿El director? ¿Seguro que quiere verme a mí?

—¿Acaso hay otra Maya Chung? —protestó.

Miré a Erin, y esta se encogió de hombros e ironizó:

—Quizá te vayan a dar el premio a la mejor vestida.

—Sí, claro —añadí dudando—. Te veo luego. —Me despedí y seguí al ayudante de secretaría con mi corazón latiendo tan fuerte y tan deprisa como la campana que avisa de que llegas con retraso.

La voz del director Stephens sonaba despreocupada cuando llamé a la puerta con los nudillos. Era buena señal.

—Pasa —me dijo, y abrí la puerta lo suficiente como para asomar la cabeza.

—¿Quería verme?

—¡Sí! —El director Stephens me hizo un gesto para que pasara—. Tenemos una nueva estudiante en el colegio, y esperaba que le enseñaras las instalaciones. Me han contado que sois amigas.

Abrí la puerta y vi quién estaba sentada al otro lado de la mesa del director Stephens.

Era Nicole Davis. La ladrona.